

SECCION COMPLEMENTARIA.

DE LAS FALACIAS O SOFISMAS.

CAPITULO I.

DEFINICION DE LOS SOFISMAS Y DIVISION DE SU ESTUDIO.

§ 1.—Se dijo en la primera parte de esta obra que la verdad consistía en el acuerdo cabal y completo entre el objeto del conocimiento y su sujeto, entre las ideas de las cosas y las cosas mismas. Allí también se definió el error diciendo que era el acto de la inteligencia que consiste en tomar lo falso por verdadero y recíprocamente. En diferentes partes de nuestro libro se ha asentado, ó dejado entender, que la conquista de lo verdadero es el objeto que la ciencia se propone, que realizar tal conquista no es empresa fácil y baladí, sino asaz espinosa y erizada de dificultades; que el objeto explícito de la Lógica es suministrar reglas que nos sirvan de norma para conseguir el noble propósito que el hombre abriga, cuando estudia la Naturaleza con el fin de conocerla tal cual es, para modificarla con arreglo á sus necesidades.

El error es el polo opuesto de la verdad, es lo contrario de ella, es su negación; la labor intelectual queda frustrada y el resultado se malogra miserablemente cuando, equivocando ó desconociendo el camino, llegamos al error, habiendo sido nuestro propósito llegar á la verdad.

Nada nuevo asentamos, incurrimos por el contrario en un lugar común diciendo que tal fracaso ocurre á menudo; el individuo discurriendo aisladamente, las corporaciones discu-

rriendo de concierto, y generaciones enteras, pensando de consuno, han proclamado el error tomándolo como una verdad; de aquí partieron naturalezas escépticas y pesimistas para concluir que el error es el patrimonio fatal del hombre, que sus sentidos le engañan, que le engañan sus ideas, que le desorientan sus juicios y le extravían sus raciocinios.

Desde la primera parte de esta obra protestamos contra semejante doctrina, proclamada por los escépticos, dijimos que existen principios de certeza, y el presente libro no ha tenido más objeto que hacer ver como, aplicando convenientemente esas reglas, el noble propósito de llegar á la verdad puede considerarse bastante hacedero para ser abrigado y puesto en ejecución.

Mas es tan fácil incurrir en errores, han incurrido tan á menudo en ellos las inteligencias más selectas, las naturalezas más privilegiadas, los hombres más doctos, que la desconfianza se apodera otra vez del ánimo, y sin proclamar con el escéptico que el hombre es un ser esencialmente falible y como tal condenado al error, se debe confesar al menos que el error ocurre frecuentemente en la naturaleza humana, y que para garantizar completamente el acierto en la investigación de la verdad no basta considerar directamente lo que á ella conduce, sino que es necesario también estudiar lo que á ella es opuesto.

La ley de la relatividad del conocimiento nos persuade á creer que las cosas no se conocen en sí mismas, sino en el contraste ú oposición que se descubre entre ellas y sus contrarias. *Contrariorum eadem est scientia* dijeron con profunda sabiduría los escolásticos; para completar el conocimiento de una cosa conviene, después de considerarla directamente, tomar también en consideración las que le son opuestas. Tal modo de proceder completamente justificado se conoce con el nombre de método negativo, se usa á menudo en las ciencias siendo coronado por el éxito más feliz.

Infiérese de aquí que, dada la frecuencia del error, sería conveniente que la Lógica no sólo tomase en consideración los medios propios para alcanzar la verdad, sino que estudiara también los caminos que conducen al error; que no solamente dotase á la inteligencia de preceptos que garantizan lo verdadero de un conocimiento, sino que al mismo tiempo estudiase, de

un modo minucioso, la serie de operaciones mal conducidas, que puedan llevarnos á tomar lo falso por verdadero; en una palabra, después de haber edificado la teoría de la verdad, no es salir de sus dominios intentar construir lo que pudiera llamarse la teoría del error.

Decir esto es tanto como asentarse que el estudio de los sofismas debe ser incluido en el estudio de la Lógica, mas debe serlo á título de sección complementaria, que tiene por objeto hacer resaltar el valor de los procedimientos intelectuales legítimos, oponiéndoles, para que contrasten vivamente con ellos, los procedimientos intelectuales defectuosos.

§ 2. A muchos tal modo de obrar, parecerá, si no inconveniente, desusado al menos. En la mayor parte de las ciencias basta con exponer las buenas doctrinas sin ocuparse de consignar las malas, tanto más cuanto que el error, por su mismo carácter negativo, es incierto y difícil de precisar. Efectivamente, si acerca de un asunto cualquiera, sólo una opinión es cierta, en cambio pueden emitirse sobre ese mismo asunto un número, si no infinito, indefinido al menos, de opiniones falsas; sólo á 4 es igual la suma de 2 y 2, mientras que sobre este particular se pueden enunciar tantas proposiciones falsas cuantas sean los números distintos del 4. Solamente de un modo, ó de pocos y contados modos, se puede hacer una cosa bien hecha, en cambio son innumerables las maneras de hacerla mal.

Se concluye de aquí que, dado el número indefinido de infracciones á una regla, sea completamente ilusorio el propósito de dar á conocer todas ellas supuesto su inmenso número, y caso de ser posible contar todas las violaciones de la regla que pudieran efectuarse, fuera dudosa la utilidad de proceder así.

Mas hay una circunstancia que importa considerar, el error proviene unas veces de una simple inadvertencia, de la falta de cuidado y atención, de una mera distracción en que se incurre en el momento de aplicar las reglas; tal es el caso del calculista que haciendo una suma, ó ejecutando alguna otra operación se equivoca en alguna cuenta parcial, y llega de esta manera, á un resultado erróneo. Desaciertos de esta clase son muy frecuentes, son innumerables, sería imposible y carecería de toda utilidad consignarlos, pueden ser denominados errores accidentales ó equívocos.

En oposición con ellos existen otros que proceden de otro origen, que consisten en una concepción viciosa del método ó procedimiento que debe seguirse en la investigación de la verdad; éstos, como se comprende, no son accidentales, sino esenciales, no basta para evitarlos poner más cuidado ó desplegar mayor atención, como sucede tratándose de los errores meramente accidentales, sino que para no incurrir en ellos, fuera preciso convencerse de lo imperfecto del método seguido, de lo defectuoso de la regla aplicada.

En este caso se encuentran justamente los que son conocidos con el nombre de falacias ó sofismas.

§ 3.—Están muy lejos de parecerse á un simple equívoco, producto de una distracción accidental, de un olvido momentáneo. Son orgánicos, si se nos permite expresarnos así, arraigan profundamente en el espíritu humano, provienen de un modo vicioso de concebir la prueba que induce, irresistiblemente á veces, á tomar por cierto lo que es falso. Hombres doctísimos, inteligencias selectas, han incurrido en ellos sin darse cuenta del error; épocas duraderas del desenvolvimiento intelectual han admitido sofismas al lado de verdades ciertas, y esos sofismas han reinado sobre el espíritu humano quizá con más imperio que las verdades mismas.

¿De dónde proviene semejante mal? no basta decir con el gran lógico inglés Mill que los sofismas son pruebas aparentes que engañan, revistiéndose de las formas exteriores de una prueba sólida. Si sólo en esto consistiera el sofisma, nos explicaríamos que el mentiroso ropaje engañase á los espíritus desapercibidos, á los jóvenes incautos, á las inteligencias poco versadas en intelectuales lides; mas no es así, el sofisma, como ya lo hemos asentado, ha alcanzado y alcanza á los pensadores de la talla más alta, á individuos avezados á la investigación intelectual, y éstos acabaron su gloriosa carrera de sabios y filósofos, sin haberse imaginado siquiera que hubiesen prohiado sofismas, y quizá los razonamientos que á la posteridad parecieron falaces, á ellos les parecieron los más eficaces y sólidos.

Cuando el ilustre Aristóteles, el genio más poderoso de la antigüedad, argüía para sostener que el centro de la tierra era el centro del mundo, cuando Leibnitz, el germano incomparable, invocaba el principio de la razón suficiente, cuando Newton,

sapientísimo entre los sabios, procuraba dar cuenta de su gran descubrimiento sin desmentir el principio, que á él le parecía evidente, que ningún cuerpo puede obrar donde no está ¿sospecharon siquiera que incurrían en sofismas? No, evidentemente. Si la falacia consistiese tan sólo en una apariencia de prueba, no hubieran caído en esa red entendimientos tan sutiles y perspicaces como los que hemos citado.

Infiérese de aquí que el sofisma no consiste simplemente en una infracción de los preceptos lógicos, sus raíces son más hondas, constituye una flaqueza real de la naturaleza humana, de que no sólo es responsable la inteligencia, sino también las otras facultades del espíritu.

§ 4.—Sin duda, Mill, en su monumental tratado de Lógica, hizo adelantar mucho el estudio de los sofismas, sujetándolos á una clasificación sistemática, pero, como hace notar con su habitual penetración nuestro inteligente y sabio amigo, el Sr. Eduardo Prado, no llegó á dar de los sofismas una verdadera definición que expresara toda la connotación del nombre, pues sólo asienta que el sofisma consiste en tomar por prueba real y sólida, aquella que sólo es aparente y vana.

Lo repetimos, insistiendo en ello por la importancia del asunto, tal definición es, como lo hace notar el Sr. Prado, muy incompleta; Mill, intelectual por excelencia, buscaba la fuente del sofisma exclusivamente en el entendimiento, y en él mismo buscaba su remedio; mas las líneas anteriores persuaden, á lo que creemos, que el sofisma rebasa la esfera intelectual, extendiéndose á otras actividades mentales.

De conformidad con los conceptos anteriores, é introduciendo en la definición del sofisma el elemento que desdeñó Mill, propondríamos con tal carácter la fórmula siguiente: Los sofismas son errores dimanados de diversas predisposiciones del espíritu humano, en virtud de las cuales exageramos la eficacia de las pruebas, hasta tomar por suficientes y completas las que no tienen este carácter.

§ 5.—Nos explicamos ahora bien por qué el sofisma data, como la verdad, de la aurora de la investigación humana; nos explicamos por qué el insigne Aristóteles, que por primera vez sistematizó los procedimientos intelectuales que á la verdad nos guían, se encontró en el campo de su investigación con proce-

dimientos bastardos, y sin embargo, en apariencia buenos, que el lógico se ve en la obligación de estudiar.

El caso de Aristóteles no fué una anomalía dependiente del atraso de los estudios lógicos en su época, como nos lo quiere hacer creer el insigne Bain, empleando el siguiente argumento, especioso á la verdad: Aristóteles, sólo tomó en consideración la deducción, y como también la inducción existe, evidentemente los sofismas de inducción no quedaban prevenidos con el estudio del razonamiento deductivo; de aquí provino que Aristóteles, con gran sorpresa suya, se encontrara, entre otros sofismas, con el que después llamó la Escuela *non causa pro causa*, el cual, siendo de naturaleza inductiva, no pudo comprenderlo Aristóteles, y se vió obligado á estudiarlo aparte en los *tópicos*, nombre que el pensador de Stagira dió á la sección de la Lógica en que estudiaba los sofismas.

Lo deficiente de la explicación de Bain salta á la vista con el caso de Mill, el pensador inglés había estudiado la inducción con el mismo esmero con que el pensador griego consideró la deducción, y sin embargo, lo mismo que el pensador griego, se encontró con que no basta encauzar las corrientes del pensar bien, pues después de haber considerado la vertiente inductiva, así como la vertiente deductiva, sucede todavía que el dominio de la investigación se encuentra inundado, porque se desbordan las corrientes del pensar mal.

Colégese de aquí que el simple conocimiento de los procedimientos intelectuales legítimos no es un correctivo eficaz contra los sofismas, que hoy que la Lógica es inductiva y deductiva, los sofismas son tan numerosos como cuando la Lógica era sólo deductiva, y que debiendo esta ciencia práctica, para desempeñar sus funciones, presentar el contraste entre la verdad y el error, en sus múltiples y variados aspectos, es indispensable que consagre una sección á los procedimientos intelectuales defectuosos, para que así resalten mejor el alcance y la eficacia de los irreprochables.

El mismo Bain, por lo demás, conviene en que el sofisma no se limita al dominio intelectual, cuando admite con el nombre de sofismas extralógicos, todo un grupo de ellos, que provienen de diversas predisposiciones del espíritu humano, y juzga que debe la Lógica estudiarlos separadamente del lugar en que expone las reglas.

En consecuencia, el estudio de los sofismas debe formar parte del dominio lógico, debe completarlo, aun cuando para ello sea preciso tomar en consideración actividades mentales que están fuera del dominio intelectual: por esa razón hemos dado el nombre de complementaria á la sección presente de nuestra obra que destinamos al estudio de los sofismas.

§ 6.—De proceder así, no resulta para la Lógica cargo alguno de anomalía é inconsecuencia. La Lógica dirige una actividad humana, la actividad intelectual, cuyo ejercicio engendra la creencia, y no siendo el hombre una inteligencia pura, es claro que, aunque no deba ser así, y contra lo que previene la doctrina abstracta, el hecho es, que el hombre cuando cree, pone en ejercicio, no sólo sus facultades intelectuales, sino también sus facultades afectivas y volitivas.

Dos son las formas de la actividad humana, la creencia, resultado del pensamiento; la acción, obra de la voluntad. La Lógica se encarga de dirigir la primera de tal suerte, que el sujeto de la creencia sea la fiel representación del objeto de ella; la Moral dirige las acciones de modo que queden ajustadas al concepto del bien. Pero en la Moral nos encontramos lo mismo que en la Lógica, con que no basta conocer directamente y en sí mismas las acciones buenas, y todos los moralistas, después de considerar las virtudes, consideran también los vicios; después de enumerar y caracterizar las acciones laudables, procuran hacer lo mismo con las acciones censurables ó pecados.

Otro tanto hace el lógico sin que altere por eso su programa, que por el contrario confirma; no basta tomar en consideración los buenos raciocinios, ó virtudes intelectuales, hay que considerar también esas especies de pecados de la inteligencia, que consisten en infringir las reglas del razonamiento correcto.

Decía Malebranche:..... "no basta decir de un modo general que nuestra naturaleza es débil y ciego nuestro espíritu... es necesario hacerle palpar sus debilidades. No basta repetir que estamos sujetos al error, es preciso descubrir en qué consisten nuestros errores."

Conforme á las sabias palabras del ilustre metafísico, autor de *La Investigación de la Verdad*, ya que hemos considerado en los sofismas dos elementos: uno psicológico, que es la pre-

disposición especial del espíritu, y otro lógico que consiste en simular una prueba concluyente, necesitamos ahora precisar, de la mejor manera que nos sea dable, en qué consiste esa predisposición de nuestro espíritu, abierta en las murallas de la razón como una brecha por la cual el error nos asalta. Dividiremos, pues, en dos partes el estudio de los sofismas: en la primera consideraremos sus raíces psicológicas, en la segunda sus apariencias lógicas. Los capítulos que siguen, están destinados á estos estudios.

CAPITULO II.

RAICES PSICOLÓGICAS DE LOS SOFISMAS
Y SU DIVISION.

§ 1.—Aunque la Psicología, en su parte analítica y abstracta, reduce nuestra vida mental á energías elementales y primitivas, dividiendo los fenómenos espirituales en sentimientos, pensamientos y voliciones, debemos reconocer que esta división, si bien irreprochable, no supone, siendo operación subjetiva, que en la realidad, la sensibilidad, la inteligencia y la voluntad operen por separado.

Tal suposición sería la mayor falsedad, sólo el análisis mental distingue lo que es pensamiento, de lo que es sentimiento ó volición; pero en la vida efectiva y real del espíritu las diferentes energías psíquicas operan de concierto, mezclándose unas con otras en las más varias y diversas proporciones. Un pensamiento evoca sentimientos diferentes, sugiere otros pensamientos ó distintos deseos, más todavía, abundan en el espíritu humano estados complejos, en que si á la verdad domina alguna de las energías psíquicas primitivas, se mezclan, sin embargo, con ella otras diversas.

El amor, por ejemplo, lo clasificamos entre los afectos ó sentimientos, porque tal es la actividad psíquica fundamental que en él domina, pero analizando sentimiento tan complejo, se reconoce fácilmente que se le asocia un sin fin de pensamientos y deseos. La poesía erótica, ó por mejor decir, la literatura erótica, está ahí, para mostrar la gran cantidad de energía intelectual asociada al sentimiento de que hablamos,